

## **Homenaje a las madres**

**Autor: Manolo Campa**

El Día de las Madres quise honrar de una manera especial a las madres de mi familia. Este año quise ser el primero en felicitar a mi madre. A las seis de la mañana la llamé por teléfono. Contestó con voz de sueño. Le solté todo el discursito que había preparado de acuerdo con la celebración del día. No fui interrumpido ni una sola vez. Supuse que ella estaba profundamente emocionada con mis palabras y mi acción ejemplar de hijo madrugador.

Supuse mal. Ella estaba dormida durante mis bellas palabras en su honor. Se las perdió todas. Ni se enteró que yo había llamado para ser el primero en felicitarla en su día.

Cuando la visité más tarde estaba sentida porque mi hermana, los nietos, mi primo y el cartero la habían llamado o felicitado en persona y yo no.

Sin embargo, le gustó mucho la bella poesía que tenía la postal con la flor roja que le compró mi mujer en la tienda. Me agradeció el vestido cómodo que le regalé este año. Todos los años le regalo un vestido parecido, pero de diferente color. Mamá no pide mucho para estar contenta. Solamente que le escuche atentamente las quejas que me da de papá, sin defenderlo, y que le regale vestidos cómodos.

También era el día de mi mamá política. También había que halagarla. Ella se siente altamente honrada cuando se le invita a comer fuera. Y cuando se disfruta –o se sufre- de su compañía exige que se le trate con los honores que se reservan para cualquiera de las diez mujeres más importantes del mundo.

Por tratarse de una ocasión tan señalada, con exquisitos modales y profundo dolor de bolsillo, la invité a comer fuera. Con gran pompa y muy ceremonioso, como a ella le gusta, le participé que sería mi invitada. Aceptó sin comentarios... más bien con indiferencia, con el frío propio de la gran actriz que sabe merece los aplausos que le brinda el auditorio conmovido.

Le dediqué toda la cortesía que ella siempre me ha reclamado. ¡Qué gestos más finos! Caballerosamente le abrí la puerta del automóvil y esperé pacientemente a que estuviese sentada antes de cerrarla.

Supuse mal. Ella estaba dormida durante mis bellas palabras en su honor. Se las perdió todas. Ni se enteró que yo había llamado para ser el primero en felicitarla en su día.

Cuando la visité más tarde estaba sentida porque mi hermana, los nietos, mi primo y el cartero la habían llamado o felicitado en persona y yo no.

Sin embargo, le gustó mucho la bella poesía que tenía la postal con la flor roja que le compró mi mujer en la tienda. Me agradeció el vestido cómodo que le regalé este año. Todos los años le regalo un vestido parecido, pero de diferente color. Mamá no pide mucho para estar contenta. Solamente que le escuche atentamente las quejas que me da de papá, sin defenderlo, y que le regale vestidos cómodos.

También era el día de mi mamá política. También había que halagarla. Ella se siente altamente honrada cuando se le invita a comer fuera. Y cuando se disfruta –o se sufre- de su compañía exige que se le trate con los honores que se reservan para cualquiera de las diez mujeres más importantes del mundo.

Por tratarse de una ocasión tan señalada, con exquisitos modales y profundo dolor de bolsillo, la invité a comer fuera. Con gran pompa y muy ceremonioso, como a ella le gusta, le participé que sería mi invitada. Aceptó sin comentarios... más bien con indiferencia, con el frío propio de la gran actriz que sabe merece los aplausos que le brinda el auditorio conmovido.

Le dediqué toda la cortesía que ella siempre me ha reclamado. ¡Qué gestos más finos! Caballerosamente le abrí la puerta del automóvil y esperé pacientemente a que estuviese sentada antes de cerrarla. Normalmente nunca abro la puerta para ella. La ignoro alevosamente... y si lo hago, intencionalmente cierro la puerta cuando todavía tiene una canilla dentro, lo que me hace merecedor de un ramillete de sus más exquisitas palabras de antipatía e insulto.

En el restaurante la ayudé a sentarse, le abrí la servilleta, la ayudé a hacer su selección en el menú. Teniendo siempre en cuenta la lucha declarada entre su apetito y mi bolsillo, claro está, le recomendé siempre lo más barato.

No permití que se quedase sin pan. Cuando se llevaba a la boca el último pedazo de migajón, le ponía la cestica a la mano para que se sirviese otro panecillo. Traté de ir llenándola de pan para ver si así me evitaba el doble o triple postre: "otra natillita", "otro flancito" u otra porción de "tocinillo del cielo".

¡Qué bien me porté! ¡Qué actuación tan juiciosa pude desplegar haciendo de tripas corazón! Si por ese sacrificio dieran indulgencias, las que gané tenían que ser "plenarias". ¡Qué trabajo me costó! Estaba loco por mostrarme tal cual soy.

El lunes siguiente al Día de las Madres, en mi rostro se podía ver la satisfacción que produce el deber cumplido. Ella también lo captó y para "bajarme de esa nube" me dijo, con el mismo disgusto que la oposición pone cuando tiene que reconocer algo bueno que ha hecho el gobierno: "Hiciste solamente lo que era correcto, dejarme pasar a mí primero y ser cortés tal como lo mandan las reglas de etiqueta".

Como ya había pasado el día en que es feo pelear con las suegras, le riposté con todas las ansias que había tenido contenidas: "Bien usted lo ha dicho, señora, no hice nada más que lo correcto... y lo correcto es que la basura vaya siempre delante de la escoba".